

el perpetuo cambio de climas, despilfarro de savia y de vida; alternativa de los secuestros del mar y los períodos de placer en que se entregan con el corazón y la sangre á las primeras muchachas que se abren al sol. Hay largas noches de guardia, entre las nieblas y las lluvias, las tensiones de espíritu y las responsabilidades en el mal tiempo y las horas de angustia.....

Juan Kewella estaba ya muy gastado por todas estas cosas, cuando llegó el momento de su retiro en la división de Brest, todavía flexible y de buen aspecto, con su uniforme de contramaestre y su cinta roja en el ojal.

Entonces compró su casita en el camino del Portzie, para acabar allí su vida, enfrente de la rada y de los barcos.

---

## IX.

El día de su retiro fué un día como todos los demás. Ni las gentes ni las cosas parecía que daban gran importancia á este antiguo servidor del Estado que se marchaba para siempre.

A la hora acostumbrada del zafarrancho, mucho antes del alba, en aquellas grandes cuadras de la división, que toman algo de la rudeza y del olor de los navíos, los marineros desnudos saltaron al suelo desde sus hamacas, que estaban colgadas en filas de barras de hierro. Sólo él se sintió conmovido á su despertar, soñando con impresión indefinible que era este su último día. Después el vaivén acorta y los lavados de la mañana y todos los ruidos de esa vida empezada en la madrugada se sucedieron con regularidad, como de costumbre, y al son de tambores y cornetas. Los que habían disfrutado permiso para la noche, ó que se lo habían tomado, entraban unos detrás de otros,

excitados con la gota del placer, aun fresco, en los labios. Después el sol, sol algo velado de otoño, salió también á su hora.

Antes de la comida del mediodía, pasó Kewella la revista de inspección á su compañía, con su más nuevo uniforme, que por coquetería se puso para esta última vez. Algunos contramaestres se le acercaban felicitándole, pues había llegado á ese término que pocos marinos tienen la dicha de alcanzar. Iba á descansar por fin, á tener *su jardin-cito*, y, como ellos decían, *á vivir de sus rentas*. Otros, por el contrario, sabiendo cuan gastado se hallaba, le llamaban «mi pobre Kewella», con ese aire contrito que se toma con el que se va á morir. Luego las despedidas, los apretones de manos. Y él se creía muy contento, esforzándose en encontrar algo risueño que decirles.

A su alrededor continuaba esa marcha familiar del gran cuartel, que viene á ser como el verdadero cuartel general, la casa materna de los hombres de la flota.

La hora del descanso llegó. Entre las grandes paredes lisas, poco á propósito para escalamien-

tos, se paseaban por grupos los marinos, bien arreglados, con sus anchos trajes, con sus actitudes flojas ó impacientes de niños prisioneros.

Los que habían navegado, los verdaderos, los formados, cuyos rostros se habían ennegrecido bajo el ardiente sol de los trópicos, se contaban, fumando, sus aventuras de campaña, cambiaban sus confidencias amorosas con las chicas de la vecindad, ó consumían su exceso de fuerzas en las barras de hierro del gimnasio. Los nuevos, los muy jóvenes, de cara redonda, *matriculados* apenas salidos de las lanchas pescadoras ó de las aldeas de la costa bretona, miraban algo asustados, con sus cándidos ojos, esperando impacientemente el cuello azul y la gorra que se les iba á entregar. Los viejos les contemplaban y daban sobre los otros su opinión más ó menos brutalmente expresada, oyéndose de cuando en cuando:

—Este se halla todavía salvaje, pero será fuerte.

Todo el día con su uniforme nuevo había estado yendo y viniendo sin objeto entre estos grupos por él tan conocidos; después por todas las

escaleras, porque andaban de cuatro en cuatro jóvenes muy listos, haciendo el ruido de caballo desbocado, y por aquellos grandes salones abiertos al viento, que olían á madera lavada y brea.

En todas partes le perseguían los recuerdos de todas las épocas de su vida.....

Cuando se han servido cuarenta años en la flota, muchas veces se ha tenido ocasión de pasar por Brest; con frecuencia, de regreso de una campaña, se ha ido allí contento y con los bolsillos llenos de dinero; también se ha vuelto á salir, bajando por las escaleras de granito que conducen al puerto, con los dos sacos de lienzo á la espalda, alegre ó con el corazón desgarrado, para ir á lo lejano y á lo desconocido. Kewella quería volver á ver todos estos rincones; tenía á la vez que hacer algunas cosas en los almacenes de los aposentadores, ciertos papeles que completar, esperar algunas firmas, como si se estuviera en la víspera de un gran viaje. Sentía, sobre todo, la necesidad de moverse, de agitarse, y á pesar de su contento indiscutible, la necesidad de distraerse.

Por la tarde, en su cámara, se quitó con el pri-

mer dolor de su corazón el uniforme de contra-maestre, encerrando en un traje negro, cuyo corte le avejentaba muchos años, su cuerpo grande, que en sus tiempos fué soberbio, y arregladas todas sus cuentas con el Estado, que le había pagado su vida suficientemente, salió del cuartel. A la puerta, algunos jóvenes que entraban borrachos, despiadados en su propia exuberancia de movimiento, codearon á este *paisano*, que ya no conocían. Pero algunos amigos, viéndole marchar solo, se le reunieron por pura política para acompañarle por última vez.

Entraron juntos á beber, y allí todos brindaron á la salud del feliz *rentista*, y él continuaba creyéndose contento y diciéndolo.

En la calle los mismos jóvenes siempre que pasaban. Las puertas del cuartel acababan de abrirse por completo, porque era la hora en que se permite á los marinos que dispongan de la noche, en que se van á sus citas de amor, y cantaban á toda voz:

.....  
 Gozad sin interrupción  
 Días de locura, noches de amor,

que era este año la canción de moda entre los marineros. Cuando se encontraba un grupo con otro, se enviaban el canto, aun sin conocerse. Y hasta las chicas del arrabal, que se asomaban á sus ventanas de piedra para verlos pasar, lo repetían; rostros pálidos ó sonrosados, con los ojos impregnados del ardor de las primeras voluptuosidades, que por las tardes bajaban á la puerta de sus casas para sorprender á sus amantes de cuello azul; por las noches la canción se convertía en una especie de himno de placer que llenaba la obscuridad de las calles.

Y él, que se marchaba para siempre, perseguido por aquella alegre canción, también por bravata repetía:

.....  
Días de locura,  
Noches de amor.

—¿Has visto el viejo? ¡También él!—decía una chica desvergonzada que esperaba á su gaviero detrás de una puerta.

Reinaba la obscuridad cuando se encontró solo, fuera de las murallas de Brest, camino del Portzie.

El viento del Oeste le azotaba la cara, y llevaba hasta el olor de los focos de la mar.

Ya cerrada la noche fué cuando abrió la verja de un jardincillo, y entró en su casa de retirado en que por primera vez iba á dormir.

En sitio de honor, encima de la chimenea, colgó para siempre su silbato de plata..... Era, creía él que era, extraña esta melancolía inesperada que ganaba su corazón, como si en aquella hora se hubiese fijado para él el fin de todas las cosas.....

Su cuarto estaba bien arreglado, y había procurado que presentase un agradable aspecto. Multitud de los objetos que adornaban el hogar del viejo pirata, recogidos en los cuatro puntos del globo, en aventuras ó pillajes, mostraban fisonomía extraordinaria, que recordaban los más lejanos países del mundo. Cerca del lecho, el retrato de la hija muerta, menos borrado en aquella época que al presente, parecía mirar vagamente con su vela en la mano.

Con las dos suyas cogió este cuadro de conchas, y enterneciéndose su corazón, á su pesar, en esta

noche feliz, la primera lágrima resbaló por su mejilla, depositándose en la barba ya blanca del anciano.

Sangre de verdadero marino bretón corría por sus venas; y estos hombres de ruda apariencia, que viven en el mar, guardan siempre en el fondo de su alma el recuerdo único imperecedero de algún rincón de aldea ó de alguna dulce figurita que han amado.

Silbaba bajo su puerta el viento del Oeste; detrás de su casa solitaria penetraba y se revolvía en el patio húmedo cuyas paredes se vencían por el peso de las piedras y las matas de aliaga. Allá abajo debía hacer un tiempo grueso y una noche bien dura. Pero él había acabado para siempre con tales angustias, con esas noches negras y siniestras, con esos grandes ruidos de las aguas furiosas, con todos esos espantos de la mar, que hacen mudar el color de frío y de miedo. Todo podía al presente silbar y atormentar fuera; jamás, jamás se preocuparía de ello en lo sucesivo.

¡Qué feliz iba á ser! Concluyeron los trabajos, los peligros, las penas. Por las tardes, á dormir

tranquilo en una verdadera cama, y todo de un tirón; cultivaría su jardincito, cosa para él enteramente nueva y que tanto había deseado, y luego cuidarse á sí mismo.

Con tanto descanso y tantas precauciones como iba á tomar, seguramente que no le faltarían años hermosos, quizás rejuvenecería.....

Y, sin embargo, lloraba constantemente, y sus lágrimas, que en un principio eran lentas como piedra que se rezuma, corrían ahora más rápidas, más abundantes, como lluvia molesta. ¿Qué era lo que sentía? No solamente el dolor de su hija difunta, sino una angustia íntima y profunda. Su gran contento de todo el día fundíase ahora en supremos sollozos y en un deseo inmenso de morir.....

## X.

Al día siguiente de su retiro, despertóse muy de mañana, asombrado de aquel silencio, admirado de verse solo en su casa, y comprendiendo por primera vez que no era más que un viejo.

Entonces empezó para él esa vida del fin que de semana en semana iba impregnándose más y más de un pésimo gusto de muerte. Debilitábase á pesar de los cuidados y á pesar del sosiego. Replegándose en su interior, en la súbita tranquilidad de su existencia de retirado, ahora era cuando sentía la pesada fatiga de sus cuarenta años de mar y cuando tenía conciencia, aunque demasiado tarde, de su irremediable agotamiento.

Al cabo de cinco años de esta dulce vida, la destrucción adelantó tanto, que si encontraba antiguos amigos, casi tenía necesidad de decir su nombre para que le conocieran.

Las noches principalmente le estenuaban.

Hasta por la mañana permanecía bañado en copiosos sudores, y tenía siempre pesadillas. Parecía que su cabeza se vaciaba lentamente en este misterioso trabajo y en estas evocaciones del sueño.

Al despertar le dolían los brazos y las piernas, y se sentía quebrantado como cuando en su juventud abusaba de las fuerzas que le formaron sus poderosos músculos. Pero ahora, por el contrario, su cuerpo disminuía; disminuían sus miembros durante esas traspiraciones nocturnas, y el esqueleto óseo empezaba á señalarse bajo la carne ablandada.

Siempre eran escenas semejantes las que soñaba. Creíase á bordo en su lecho de campaña, falto de aire, con mal tiempo, en el fondo de algún entrepuente cerrado, de donde le venían á buscar para que hiciese la guardia y las maniobras necesarias. Precipitadamente quería vestirse, correr, exasperándose por haber faltado al servicio, presa de una ansiedad terrible, pensando lo que podría suceder en la arboladura. Pero no encontraba su ropa, no veía camino por donde salir, y no se reconocía ya.....

Otras veces, si lograba llegar hasta el puente y comprendía la maniobra que había que ejecutar, su silbato no sonaba, sus brazos carecían de vigor y luchaba mucho tiempo contra su extraña inercia hasta rendirse.

Despertábase al fin, y solo oía el ruido familiar del viento de Oeste entrando por las rendijas de su puerta, ó de la lluvia de invierno al caer sobre su tejado. Poco á poco se acordaba de que lo demás acabó para siempre y que él mismo acabaría bien pronto..... Entonces nueva y más horrible angustia le sobrecogía.....

Realmente tenía de qué vivir con su pensión, su cruz y su dinero colocado.

Todas las menudencias de la existencia de Kervella hallábanse arregladas al día y con la mayor precisión, por aquella costumbre de orden que adquirieron á bordo los veteranos.

Él mismo se preparaba sus comidas, se hacía la cama, aseaba el cuarto y lavaba su ropa blanca ciertos días de la semana en su patinillo de atrás.

Una vieja del Portzie, llamada la tía Segal, pasaba por las mañanas y se encargaba de la com-

pra. Algunos otros retirados de Marina como él, y también como él sin familia (figuras llenas de chirlos, testimonio de antiguas aventuras, ó figuras respetables de valientes militares, con su cinta roja ó amarilla en el ojal); esos otros veteranos, decimos, se atrevían á ir á Recouvrance, con la cesta al brazo, por sus modestas provisiones de solitarios. Y verdaderamente que no por ello debían avergonzarse; pero Kervella se resistía, repugnándole el cesto, las discusiones y los regateos. Y eso que, como todos los marinos, tenía costumbre de todos esos quehaceres que la gente de tierra encomienda al otro sexo. Así que se le veía en su casa repasar sus trajes, cambiar los botones de sus prendas militares para convertirlas en *prendas civiles*, y coser bastante de prisa con sus rudas manos ennegrecidas en aquel anciano de facciones todavía nobles, que tantos prodigios de fuerza ejecutó en otros tiempos.

Las flores se daban bien en el pequeño *parterre* de su jardinillo, siendo éste el último placer que no había engañado sus esperanzas.

La llegada de los buques, los mil ruidos que los

marineros producen durante la noche por las calles, y sus cantos á lo lejos, todas estas fiestas de la juventud que para él ya no existían desde hacía mucho tiempo, venían á convertirse ahora en una especie de dolorosos recuerdos que le agitaban en su lecho, mortificándole en los insomnios. Algunas veces se levantaba y abría la ventana para percibir á través del tiempo de la media noche el rumor de Recouvrance, que llegaba allí por encima de las aliagas y los brezos.

En un principio, las primaveras le conmovían también algo, así como una melancolía muy vaga, como el sufrimiento de no *acordarse*.

Esas primeras tardes templadas de Mayo le obligaban á pensar en los confines del Asia, de aquel país en donde había vivido más y dejado á las mujeres mayor porción de su existencia.

Y durante aquellas noches de rocío en que los pájaros cantaban, venían á visitarle á veces criaturas amarillas, medio borradas se balanceaban delante de sus ojos con aquellas túnicas colgantes, enviándole sonrisas de gata burlona y girando sin cesar debajo de su chata sombrilla de mil pliegues,

semejante á una seta. Sin duda eran mujeres que había conocido en alguna parte: de esto hacía memoria; pero ¿qué le querían? Al desaparecer, ya no se inquietaba por seguirlas; sin embargo, una noche empezó á vestirse precipitadamente, y á las nueve estaba camino de Brest, con su gran bastón en la mano, andando de prisa, con la cabeza baja y como quien va á hacer una visita que no puede decirse. Y allí, en la parte baja de la calle de Saint-Ives, había vuelto á ver mujeres que no eran amarillas, que no llevaban ni sombrillas ni faldas de crespón bordadas, pero que hablaban de cosas obscenas con inmundos atrevimientos. Luego regresó agotado y vergonzoso, conservando desde este momento para siempre el pudor y la dignidad de su vejez.

Los veranos cultivaba plantas trepadoras que dirigía sobre su chata casita, y le recordaban las lianas, arreglando delante de su puerta un pequeño emparrado con aspecto de baranda.

Una de sus alegrías mayores consistía en ponerse su traje de nankín y coger el abanico de hoja de palmera, las dos ó tres noches al año que hacía

bastante calor para recordarle aquellas regiones exóticas que ya no debía volver á ver.

A mediados de Julio se celebraba anualmente una feria más allá del Porzie, en la aldea de Santa Ana, y en este día una alegre muchedumbre pasaba desde la mañana á la noche, como si fuera procesión, en la que los marineros dominaban. Mucho tiempo antes de que llegara esa fiesta, que señalaba para él como el apogeo del estío, estaba pensando en ella, y desde muy temprano, bien vestido, con su abanico, y sacando fuera el loro, se sentaba delante de su puerta para ver y ser visto. Al pasar, con efecto, miraban las gentes á aquel anciano, dueño del jardinillo y con sus pendientes de oro en las orejas.

Todavía no se notaba en él cosa ninguna que pudiera prestarse á la broma; su aspecto era tieso y duro; sus ojos, movibles en otro tiempo y que sabían ser dulces, ya no decían nada, cubiertos por sus párpados como lámparas apagadas é inútiles; las líneas de este rostro se conservaban, sin embargo, correctas, pero rígidas y semejantes á la momia de un pirata.

Cuando la tarde se echaba encima; cuando aquel día de fiesta había terminado; cuando los últimos grupos se alejaban, Kerwella, solo, en medio del silencio, era presa de la tristeza más desesperada. ¡Un verano más!.....

Y ya en seguida iba á empezar el invierno con sus lluvias, sus noches largas y dolorosas. ¡Un año más desvanecido, como tantos otros, en los abismos sin fondo!

No tenía, no, ciertamente ganas de morir ahora; era demasiado viejo para semejante idea. Y se cuidaba más y más, como si se agarrara con sus crispadas manos á lo poco que le quedaba de vida.

Y nunca el tiempo que quería detener marchaba tan presto; los días, los meses, las estaciones huían sin tregua ni reposo con la espantosa rapidez y el horrible silencio de las cosas que caen en el vacío.